

Especial

III Sección: Dos cuentos de Costa Rica

El Jazmín de Necrópolis

Asdrúbal Marín Murillo

Universidad de Costa Rica, Costa Rica

asmarinm@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-2717-1224>

Recibido: 30 de marzo de 2018

Aceptado: 30 de abril de 2018

Resumen

El Jazmín de Necrópolis consiste en una narración futurista, se ubica temporalmente a finales del primer siglo del tercer milenio. La protagonista es una mujer que vive de la indigencia y que sufre y comparte, junto a otros habituales, las consecuencias de una sociedad precaria y miserable que le fue heredada por los intereses, el egoísmo y el individualismo acumulador de un pequeño sector de la sociedad. A quienes viven y le acompañan en ese mundo de tristeza y desolación, les cuenta como era la sociedad de su infancia.

Palabras Claves: TLC; indigencia; pobreza; precariedad; urbe; Estado, Instituciones; deshumanización.

Jasmine of Necropolis

Abstract

The Jazmín de Necrópolis (Jasmine of Necropolis) is a futuristic story. It is temporarily located at the end of the first century of the third millennium. The main character is a woman who lives off the indigence and who suffers and shares, together with other peer ones, the consequences of a precarious and miserable



society that was inherited by the interests, the selfishness and accumulating individualism of a small sector of the society. To those who live and accompany her in this world of sadness and desolation, she tells how was the society of her childhood.

Keywords: FTA; indigence; poverty; precariousness; city; State; institutions; dehumanization

Aquella mañana, tal y como lo había hecho durante muchos años, Jazmín se levantó de su destartalada cama, sacudió el polvo de sus ropas y se limpió los ojos. Miró el antiguo reloj que aún colgaba del roído y desolado campanario y descubrió que eran las 7:45 de la mañana. Volteó su cabeza hacia donde estaba el viejo calendario que siempre le servía de almohada y se enteró de que estaba en el mes de septiembre del 2080. El amanecer aparentaba ser como el de todos los días. Desde las primeras horas de la mañana el sol había logrado vencer, sin mucha dificultad, los nubarrones oscuros que se le interponían. Su suave y tenue brillo fue secando las diminutas gotas de rocío que aún permanecían, a pesar de la brisa nocturna, en las hojas de las verdes plantas. Lentamente el sol se elevó sobre los valles y las montañas, superó los copos de muchos árboles y se irguió firme sobre el firmamento.

El olor nauseabundo, el bullicio, los quejidos de dolor, el sonido de las latas, el olor a cartón, la humedad infectada, la mendicidad, la pobreza y el hambre parecían no afectar tampoco el candente sol de aquella mañana. Lo que una vez le dijeron en la escuela, sobre el calentamiento global, parecía que ya estaba haciendo efecto.

Jazmín se levantó de su precaria cama porque el sol le dio de lleno en la cara. El ruido de la noche anterior, la fiesta, el baile hasta la madrugada, las canciones, el olor a tabaco y a licor, el ruido de los motores, el olor a gasolina. Todo eso y más no la habían dejado conciliar el sueño. Pero eso no había sido solo aquella noche, el mismo escándalo infernal que venía de aquel sitio la hacía permanecer en vigilia todas las noches. Muchas veces había querido llevarse sus cartones y su roída y vieja cobija a otro sitio, pero a muchos kilómetros a la



redonda el espacio ya estaba completamente ocupado por otros miles de indigentes que habían invadido esa y otras muchas ciudades. Únicamente quedaban armatostes de hierro y cemento habitados por seres humanos miserables, sin comida y sin techo. Solamente parecía haber espacio suficiente en aquella suntuosa urbanización de donde siempre venía el infernal ruido que noche tras noche no la dejaba dormir. Había intentado acercarse a sus altos muros, pero los vigilantes la echaban y la corrían a leño. A veces, desde los lujosísimos carros que salían de la “urbe”¹, le tiraban cosas podridas o le gritaban ofensas e insultos que no entendía. Se decía que había muchas otras “urbes” iguales a aquella en otros lados, todas cerradas con altos muros y muchos guardas

- “Es para aislarse de los indigentes, piedreros² y asaltantes”-le decían a Jazmín.

¡Es raro! -pensaba Jazmín- ¡pero en esta suntuosa “urbe” que a nadie dejan ingresar, muchas veces a niños y niñas pobres les permiten llegar en taxi o en elegantísimos carros, casi siempre de noche eso sí, pero al otro día salen caminando y los guardas los corren también a leño!

La mayoría de las veces Jazmín gustaba recordar su vida de niña, y así se lo contaba a sus amigos:

-“se vivía diferente-le decía a los miles de habituales que buscaban comida entre los basureros-nadie lo creía...todos pensaban que eran mentiras de los sindicatos y de las organizaciones políticas y sociales...los grandes medios de comunicación y los periódicos de los ricos decían que era una confabulación ideológica internacional”

Jazmín recordaba todo aquello como si hubiera vivido un sueño hacía muchos años que luego se le convirtió en pesadilla. Siempre se lo contaba a sus amigos y vecinos de la calle. Jazmín especulaba con el poder de la calle. Cuando aún el sueño no se le había convertido en pesadilla solía escuchar algo así como



la “democracia callejera”, ella sabía que esas palabras hacían temblar a los que hoy se autoexiliaban en la “urbe” y que cuando salían la miraban con desprecio, pero a la vez con miedo y admiración. No negaba que muchas veces se sentía empoderada con “el poder de la calle” y de ver a miles de los suyos deambulando por ahí. Ella sabía que era pobre, tal vez miserable, pero lo bueno era que quienes vivían en la “urbe” le tenían miedo. A pesar del poder de aquellos y del desprecio que le tenían a ella, la miraban con terror. Se sospechaba que cuando los pobres, piedreros, drogadictos e indigentes se decidieran, las “grandes urbes” podrían ser saqueadas, arrasadas e incendiadas sin mucho esfuerzo. Pero eso pasaría mucho tiempo después, cuando ya Jazmín no habitaba en aquellos suburbios. Sucedió lo que muchos no creían, a pesar de los estudios y las denuncias de quienes en aquella época conformaban los sindicatos. Se decía que llegaría el día en que los miserables arrasarían las ciudades y lo que a su paso se encontrarán. Pero nadie supo interpretar las señales de los tiempos y cuando se dieron cuenta ya era demasiado tarde.

Tiquicilandia³ era muy diferente en aquellos tiempos en que Jazmín era niña. Había una relativa justicia social, una relativa igualdad, instituciones públicas que, si bien por culpa de los grandes empresarios metidos a políticos no funcionaban a un ciento por ciento, sí les daban bienestar a los más pobres.

Aún con sueño, frente a los grandes muros de la “urbe”, le llegaba el olor a comida que el viento traía de las suntuosas mansiones. Observó cuando el enorme portón de “la otra gente” se abrió y salió un lujoso auto que, al reflejar el sol, le cegó la vista por unos segundos. También observó cuando abrieron una ventana y desde adentro una mano arrojó un poco de pan que cientos de niños y niñas sucias, harapientas y semidesnudas corrieron a recoger. Se quedó mirando de nuevo cuando la puerta de la “urbe” se cerró. A lo lejos, por encima de los barrios miserables, pudo observar mucho humo y grandes llamas. Ese humo y esas llamas le hicieron recordar cuando unos años atrás el pueblo enfurecido



había quemado un gran medio de comunicación defensor de la “oligoburguesía”, pero enemigo de los más necesitados.

A pesar de ser Jazmín una indigente, no por eso era tonta. En sus largas e ignoradas especulaciones filosóficas recordaba con gran acierto como había caído la desgracia sobre su pueblo, su familia y su vida. La tragedia que hoy le embargaba a ella y a los millones de los suyos empezó por culpa del individualismo egoísta y el lucro desmedido de quienes gobernaban su país.

–“Pero también por culpa nuestra de creerles a ellos”-le decía Jazmín a sus vecinos y amigos indigentes.

Desde hacía muchos años las cosas se habían empezado a agravar para la población. Pero nadie hizo caso. Jazmín creyó, entre frases, recordar aquel pensamiento que una vez un poeta dijo:

“Primero vinieron a buscar a los comunistas y no dije nada porque yo no era comunista.

Luego vinieron por los judíos y no dije nada porque yo no era judío. Luego vinieron por los sindicalistas y no dije nada porque yo no era sindicalista. Luego vinieron por los católicos y no dije nada porque yo era protestante. Luego vinieron por mí, pero, para entonces, ya no quedaba nadie que dijera nada”⁴

Claro, lentamente y a poquitos todo lo fueron deteriorando. Primero dijeron que ya no había plata para hacerle casas a los más pobres, luego que ya no había dinero para la educación pública, que había que privatizar a las universidades estatales, que la salud tenía que privatizarse, que los empleados públicos eran los culpables del desfinanciamiento del Estado Social de Derecho, que los servicios públicos ya no tenían razón de ser. Pero a la par de esto se dieron otras cosas: los jueces se volvieron “mano floja” para castigar a los corruptos y delincuentes de cuello blanco, se dieron grandes subsidios a los empresarios privados, nadie hacía nada contra la evasión fiscal, se abrieron Zonas Francas libres de impuestos y en donde no se podía aplicar la legislación laboral ni el Código de Trabajo.



Todo había empezado, según decían los entendidos, hacía muchas décadas atrás. Incluso se hablaba de la famosa “década perdida” de finales del siglo XX.

-“¿Perdida para quién?”- se preguntaba Jazmín-porque en esa época muchos se enriquecieron a más no poder.

Muchas cosas escuchó decir en la escuela y a sus parientes acerca de lo que decían los políticos: “que había que dismantelar las instituciones públicas”, “que los PAEs⁵ para reducir el gasto público”, “que la movilidad laboral”, “que reducción del déficit fiscal”, “que privatizar la educación”. Así empezó la triste historia de **Tiquicilandiacity**. Antes de que todo eso sucediera, en aquel país aún prevalecía un mínimo de democracia representativa, era el único lugar donde la gente aún disfrutaba de servicios públicos y de un Estado Solidario que medio distribuía riqueza con cierta justicia social.

-“¡Claro!, Todo eso antes de caer en las manos corruptas de los políticos empresarios neoliberales”⁶ -le decía su padre.

Robaron a más no poder. Dismantelaron todas las riquezas estatales. Las víboras de los partidos tradicionales habían usurpado el poder.

-¡Esos sí que eran mareros⁷! Pero eran de cuello blanco. Tenían licencia para saquear las arcas públicas-les decía Jazmín al resto de los indigentes que día a día deambulaban recogiendo comida en los basureros.

Jazmín sabía muy bien que, en aquella época, en la época de su infancia, el Estado Solidario y Las Instituciones Públicas eran, para la clase en el poder, “una piedra en el zapato”⁸. Sí, esa clase que ahora habitaba en las cerradas “urbes”. El gran deseo de los mareros neoliberales era privatizarlas para que las



ganancias que esas instituciones generaban, y que se redistribuían en servicios públicos entre la población más pobre, les quedara a ellos en sus bolsillos. Decían que “la apertura comercial” era para “producir riqueza, empleos, desarrollo, progreso, bienestar”. Aquí la mirada de Jazmín se posó sobre las miserables villas de latas y cartón.

-“Durante muchos años nos dijeron que era para promover el progreso y el desarrollo de nuestros países-le contaba Jazmín a cualquiera que se sentara a su lado-¡Que había que cerrar esta y la otra institución! ¡Que si no nos incorporáramos al mercado más grande del mundo nos iba a ir mal! ¡Que la ley de la oferta y la demanda! Imagínese usted-continuaba Jazmín-con razón los que viven en las “urbes” no les importa nada el dolor humano de quienes aquí sufrimos.

Cuando nos hablaban de progreso, de desarrollo, de incorporarnos a la globalización y a la economía mundial, pensábamos que esa incorporación beneficiaría a los que menos tenían. Pero no fue así. Fue solo un pequeño grupo el que sacó ventaja de aquellos tales “telecé”.

A quienes se oponían a esas políticas, los grandes empresarios, los políticos tradicionales y los grandes medios de comunicación social, les tildaban de comunistas, de traidores, de trasnochados, de destructores de la democracia y de sus instituciones. Sin embargo, todas esas instituciones, supuestamente democráticas, siempre estuvieron al servicio de los grupos y de las élites de poder político y económico. Nunca hubo democracia, siempre estuvo en el papel, nada de eso funcionó. Todo estuvo siempre al servicio de los políticos empresarios que robaron y robaron a manos llenas. Decían que la democracia era un “gobierno del pueblo para el pueblo y por el pueblo”. Nunca comprendí eso. Lo único cierto es que era un gobierno por el pueblo en el sentido de que nosotros elegíamos a los que ellos nos ponían para que los eligiéramos. Pero del pueblo nunca nadie llegó a gobernar. Y tampoco fue un gobierno para el pueblo. Los muy corruptos se



repartían todo: puestos, plata, beneficios, viajes, becas, préstamos, todo. Todito se lo dejaban. ¡Y decían que gobernaban para el pueblo los muy descarados!”

Jazmín decidió caminar por entre las destartaladas casas de las malolientes villas. Sentía que sus pies descalzos se hundían entre las aguas sucias que recorrían todo el precario. Una vez había querido contar todos los ranchos que encontraba a su paso. Los seleccionó por color: verdes, azules, claros, negros, oscuros, amarillos, celestes...por tamaño: grandes, pequeños, medianos, enanos, gigantes, anchos, angostos...por materiales: latas, cartón, trapos, madera, zinc, plástico, hojas...también si eran bonitos, feos, nuevos, viejos, altos, anchos, circulares. Bueno, al final cedió. Llegó un momento en que se le hizo una gran confusión y luego de recorrer kilómetros y más kilómetros se dio por vencida. Entre más caminaba, más aparecían ante sus ojos. Rememorando cuánto dolor y sufrimiento humano y social existe, se encontró de pronto en medio del bullicio propio de las miserables gentes que habitaban la ciudad. Recordó cuando mucho tiempo atrás, a lo mejor más de setenta años, visitaba ese mismo sitio con su familia. Era un mundo más tranquilo. Había pobres, pero no tantos. La miseria no era tan evidente y había un Estado que distribuía, con cierta equidad y justicia, la riqueza que producía. Se pagaban tributos, se le cobraba impuestos a las empresas extranjeras y con ellos se financiaban las instituciones públicas. Después del “telecé” nadie más volvió a pagarlos y se quebró el financiamiento a la seguridad social.

El Estado fue demandado a nivel internacional por compañías que todo lo querían saquear: el agua, el petróleo, el gas, la madera, el oxígeno, las pieles de los animales, las plantas medicinales, la producción agrícola, la electrificación, las redes telefónicas, las zonas costeras, en fin, todo.

Buscando comida en un basurero, y con los pies metidos en un gran charco maloliente, vinieron a su memoria recuerdos del pasado. Recordó muchas cosas que pasaron en aquellas dos últimas décadas del siglo XX y las primeras del siglo XXI: los PAEs, empresarios y políticos narcotraficantes y mafiosos, estafas a las



Instituciones del Estado, cierre de Instituciones de Bienestar Social, medios de comunicación vendidos, fraudes, poderes de la república prostituidos, ilegalidad política y jurídica, demagogia, imposición, represión...y los últimos gobiernos que llegaron al poder con el apoyo de los sectores oligarcas, elegidos a propósito para desmantelar lo que quedaba del Estado Social.

Así fue como se montó la destrucción de **TiquicilandiaCity**. La destrucción de la parte que beneficiaba a la mayoría del pueblo, porque la otra parte sí progresó. Esa otra parte, la de los victimarios, ahora se les llamaba las “urbes” y ahí sí que Jazmín no sabía que pasaba, pues a ese otro mundo no la dejaban entrar. Al menos a ella, porque había otra gente que sí lo hacía y con gran facilidad. Bueno, así era **TiquicilandiaCity**.

De lo que Jazmín nunca se enteró fue que detrás de aquel mundo pasado, que la llevó a ella y a muchos a la indigencia, se escondía toda una estructura ideológica bien organizada. Jazmín no entendió en el tiempo de su infancia, y menos ahora que ya era una anciana en la indigencia, que había habitado el mundo de la “sudoconcreción”⁹ Una realidad que era falsa, pero que los que manejaban el poder político y económico se la presentaron durante muchos años como la única existente.

-“Un claroscuro de verdad y engaño”-se dijo, a pesar que no sabía con claridad que significado tenía aquello.

Siempre recordaba los buenos tiempos de su familia. Cuando apenas era una pequeña niña. Su padre, un pequeño empresario agrícola, su madre, una empleada de una empresa privada.

-“Según decían los seguidores de las políticas neoliberales el empleo iba a inundar los confines de las naciones. Decían que vendrían cientos de empresas extranjeras ofreciendo jugosos empleos, altos salarios y horarios flexibles. Eso era, sí, flexibilización laboral...claro”-se dijo a sí misma.



Sentada, muchas veces, debajo de un puente, caminando por callejuelas oscuras y de mala muerte o saltando de basurero en basurero buscando comida, su madre siempre le venía a la mente. Junto a ella recorrió de niña aquella ciudad que los demagogos decían la iban a convertir en un gran bulevar y en una zona de residencias verticales y que ahora no era más que un refugio de muerte y desolación para muchos como ella.

En buses habían sacado a su mamá de la empresa donde trabajaba. Recordaba al jefe de su mamá repartiendo emparedados y gallos de picadillo mientras les decía:

-“Esto es gracias a su patrón, al dueño de la empresa. Si aprobamos los “telecés” habrá más comida, más emparedados, más frescos. Vamos a inundar el mercado gringo con nuestros productos. Si vendemos más hasta en dólares vamos a ganar todos y todas. En vez de bicicletas vamos a viajar todos en carros de lujo último modelo”.

Pero todo eso fue mentira. Unos pocos años después su mamá tuvo que trabajar hasta muy tarde de la noche, no ganaba extras, le quitaron la hora del café y le bajaron el tiempo de almuerzo. Le quitaron la hora de amamantar al bebé recién nacido y nunca le dieron permiso cuando éste estuvo enfermo. Al final la echaron del trabajo sin aguinaldo, sin cesantías ni vacaciones porque eso “reducía las ganancias del patrono”, le dijeron.

-“No sólo echaron a mamá-le comentaba Jazmín a quienes como ella habitaban en la calle- también a muchos más porque trajeron trabajadores más baratos de los demás países del Istmo. Porque nunca les dijeron a sus trabajadores que el tal “telecé” tenía una tal cláusula que respaldaba a los dueños de empresas a traer trabajadores de otros países que les pagaban menos y no exigían derechos laborales. Porque en esos países, donde ya se había aprobado ese tal “telecé”, no había pobres, sino miserables. Ya ahí existían las grandes “urbes” desde mucho antes”.



Jazmín recordaba aquellas madrugadas cuando se levantaba y acompañaba a su padre o a su madre a hacer fila para ser atendida en los centros de salud. O cuando iba a los hospitales del Estado por una cita médica o cuando iban a pagar algún recibo de servicios públicos. Sobre todo, recordaba esos momentos ahora que dormía bajo unos cartones o tapándose con plásticos en los días de lluvia, acurrucada a la entrada de las grandes “urbes” que pululaban entre los miles de ranchos de latas de zinc.

–“Era cierto que había que hacer fila, a veces durante mucho rato, pero siempre se recibían los servicios que brindaba pobremente el Estado Benefactor...el Estado que aniquilaron los neoliberales”-pensaba.

Recordaba con nostalgia, pero a la vez con sufrimiento, los años que siguieron al cambio de milenio:

“Se decía algo así como que el bipartidismo tradicional estaba liquidado. Que pronto acabarían los robos, las mentiras, los besuqueos, los abrazos sin amor. No volverían los mismos al gobierno. Porque hubo una época, en los tiempos del bipartidismo, que siempre gobernaban los mismos: hoy que la mamá, que mañana el papá, que ayer el hermano, que siempre la esposa, a veces que el hijo, que los amigos, que el sobrino...que hoy cónsul, mañana embajador, luego ministro, también diputado, que ayer miembro de una junta directiva, bueno, se decían tantas cosas.

Ya nadie en los inicios de aquel nuevo milenio confiaba en los políticos tradicionales. Siempre los mismos y gobernando para ellos y defendiendo los intereses de sus grupos. No había duda de que esos partidos y esos políticos no gobernaban para el pueblo.

La aniquilación de lo que llamaban el Estado Social empezó con los PAEs. En la década del ochenta fue el primer intento por arrebatarnos las instituciones públicas.

Yo recuerdo, como si fuera hoy, la lucha en las calles. No sabía lo que pasaba, pero sí sabía que si el pueblo se tiraba a las calles era por algo. Cuando



eso yo no vivía en la calle. Mis padres tenían una casita y tenían trabajo. Yo iba a la escuela pública, visitaba los hospitales públicos y en mi casa, a pesar de ser pobres, teníamos luz y agua, teníamos algo que le llamaban teléfono, teníamos casa porque la banca pública nos prestaba plata.

Mis abuelos tenían un terrenito para sembrar, el resto de mi familia tenían casita propia. Mis hermanos y familiares estudiaron porque el Estado les dio beca. En la escuela yo comía porque había comedores escolares...viajaba en bus a la escuela gracias al Estado...ahora nada de eso existe.

¡Que los empresarios pierden plata!, nos decían. Que si todo está en manos de la empresa privada la gente vive mejor...que usted no va a tener que hacer filas...que se puede comprar en cualquier parte y la cantidad que quiera...que todo es más barato...que la oferta y la demanda...que las leyes del mercado...que la economía libre...que la apertura...eso...eso...el gobierno, los políticos y sus secuaces empresarios nos decían que no era privatización...que era apertura...y mucha gente se lo creyó...la mayoría por ignorancia se lo creyó...y fueron los que más sufrieron cuando se privatizaron todas sus Instituciones Públicas...poco a poco todo se fue privatizando...primero que las Instituciones del Estado no podían competir...entonces se cerraban...segundo que las grandes empresas iban a donar dinero en un fondo para atender a los más pobres...pero las donaciones nunca llegaron...que el “telecé” iba a traer bienestar y progreso para todos...y lo que más decían era que iba a haber empleo y fue lo que menos hubo.

Lo que sí fue creciendo fue una gran división en la sociedad...se fueron cerrando poco a poco las escuelas...los colegios y las universidades públicas...pero según oía yo...en el campo muchos agricultores quedaron en la ruina...ellos junto a sus hijos huyeron a la ciudad aumentando la pobreza...la miseria...la indigencia...¿y todavía decían nuestros gobernantes que no se sabía de donde aparecía tanta delincuencia, tanta drogadicción, tanta prostitución infantil, tanta violencia, tanto narcotráfico...en fin... tanta inmundicia social?”



Recordó, vagamente, lo que en una ocasión leyó en un “panfleto de la burguesía”, mal llamado periódico, -¿sería ese el mismo periódico que el pueblo quemó después?- una noticia acerca de una reunión que hacía un tal “grupo de los ocho”, de los ocho más ricos, claro.

Recordó cómo los movimientos populares organizaron grandes manifestaciones con personas de todo el mundo. Por eso, y para evitar que los excluidos atacaran a los acaudalados, construyeron “un muro de cemento, metal y alambre de 11 kilómetros de largo alrededor del lugar donde se realizaría la cumbre. El costo fue calculado en \$384 millones” de dólares.

No es nada nuevo -pensó Jazmín- en una ocasión, cuando un Papa visitó un país del caribe, que para celebrar o conmemorar los quinientos años de la llegada de un tal Colón a estas tierras, se levantó un muro para que ese Papa no viera desde su tribuna la inmensa pobreza que había ante sus ojos”

Pensando en esto Jazmín se soltó a reír. Por más que lo quisieron tapar ahora el asunto se había vuelto público. Ni los muros, ni las tapias, ni los periódicos panfletarios habían podido tapar tanta ignominia y tanta miseria. Lo que ahora ella tenía ante sus ojos no era casualidad.

Esos enormes muros que custodiaban y protegían a los ricos, a las élites gobernantes, a los narcopolíticoempresarios, a los todopoderosos inversionistas extranjeros, no era nada nuevo.

Desde hacía muchos años, tal vez desde la segunda mitad del siglo XX, el encerrarse en grandes “urbes”, el construir “Mallfortalezas comerciales”¹⁰ había sido un método de la falsa democracia liberocapitalista. Creían que encerrados en fortines se iban a librar de la ira del pueblo.

Pero muchos años después, cuando ya ni Jazmín viviría para contarlo, los ladrones de cuello blanco iban a recibir su merecido. Las masas hambrientas, miserables y vengativas, sin comida y sin alimentos, enfermas y sin dinero, puñales en mano invadieron las “urbes”. Fue una batalla campal. Escalaron



muros, sometieron a los guardianes, saltaron a la “otra sociedad” y, casi no lo podían creer, ese mundo pensaban que no existía. Vislumbrados ante el contraste de mansiones y lujos, donde vivían los políticos empresarios y las ciudadelas donde vivían los ciudadanos comunes y corrientes, les hizo permanecer inmutables y silenciosos, luego...sucedió lo que tenía que suceder...las escalofriantes escenas de horror permanecerían para ser contadas...aunque casi nadie las quería narrar...el abandono, la miseria, la burla, la indiferencia, el pensar que el poder garantiza la impunidad...fue lo que hizo posible tanta barbarie.

-“Y pensar que todo eso fue culpa de los “teleces” y las políticas neoliberales”-hubiera dicho Jazmín.

Todo eso y más vivió la población por aquellos días de finales del segundo milenio. No olvidaba Jazmín las duras críticas que le hacía el pueblo a las supuestas “instituciones democráticas”, como le llamaban los políticos tradicionales. Los grupos de poder político y económico, junto a los grandes medios de comunicación social, defendían a capa y espada esas supuestas “instituciones políticas y jurídicas”. Ellos decían que las mismas eran la “base de la democracia”.

Jazmín nunca lo comentó, pero para ella esa tan cacareada democracia representativa, liberal y capitalista lo que menos tenía era de democracia. Aunque nadie lo sabía, ella, junto a un grupo de jóvenes estudiosos, le llamaban “La Demoniocracia Liberocapitalista”. Porque de demócrata no tenía nada, pero de demonio sí tenía y en abundancia ¡Y claro que tenían esas “instituciones democráticas” mucho de demonio! Las mismas habían sido creadas para sostener, enquistados en el poder, a grupos elitistas que cada cuatro años se alzaban con el dinero del pueblo. Por eso sacaban editoriales, pagaban campos en la prensa, el gobierno las enaltecía, los diputados poco pudorosos hablaban a favor de ella. Pero no sólo eso sucedía en **TiquicilandiaCity**. Cada vez que iba a



ver elecciones, los candidatos a ser electos, valiéndose de las necesidades de la inmensa pobreza, que ya para aquella época invadía gran parte de la sociedad, recorrían los pueblos, las calles, los medios de comunicación, ofreciendo mil y un favores.

TiquicilandiaCity fue el mejor ejemplo del egoísmo humano y de las políticas neoliberales. El lucro, la ganancia, la acumulación desmedida, el deseo de riqueza y la avaricia del gran capital condenaron a millones de personas a la miseria, el abandono, la drogadicción, la prostitución infantil y la delincuencia. Todo había sido saqueado: el agua, la naturaleza, las zonas costeras, los parques nacionales, los monumentos históricos, la cultura, el campesinado, la agricultura, las zonas rurales, los órganos humanos, la inocencia infantil...todo eso fue convertido en mercancía.

Se trataba de un negocio más dentro del gran mercado capitalista de producción y consumo. Así se fue tejiendo la gran telaraña que llevó a que aquel país se convirtiera en una pomposa “villa miseria”. La ciudad fue convertida en un gran anillo de pobreza. Miles de personas vivían en las alcantarillas que una vez habían servido para la evacuación de las aguas sucias de la gran ciudad. Catacumbas miserables, cuevas del infortunio y la desolación, cavidades subterráneas de invisibilización humana, cavernas...fosos...antros de muerte, donde la vida humana se desvanecía en la penumbra infectada del aniquilamiento. Solo allá, en las grandes “urbes”, en donde habitaban los culpables de tanto dolor humano, parecía que la vida y el mundo transcurrían de otra manera.

-Allá la vida transcurre con toda normalidad- Le dijeron a Jazmín cuando ella llegó a compartir la calle con el resto de indigentes.

En las mansiones de aquellas urbes vivían, casi siempre, políticos corruptos, estafadores, evasores de impuestos, empresarios y banqueros prófugos, pedófilos y abusadores sexuales amparados por la justicia, narcoempresarios, inversionistas lavadores. Ahí vivían los que se satisfacían con el dolor humano.



Las murallas, los altos muros, las cercas perimetrales, los cables electrificados, los guardas, los perros entrenados, las alarmas, el satélite y las cámaras de televisión, se convertían en el divisor que separaba al “Ser del no-Ser”. A los ricos de los pobres. A los que tenían de los que no tenían. Que separaba lo humano de lo no-humano. Era “la gran línea gris” que determinaba quienes eran seres humanos y quienes basura, inmundicia, desecho, despojo, desperdicio, sobro, excremento...Esa fue **TiquicilandiaCity** después de los telecé...al menos para una gran mayoría de su población.

-“O, a lo mejor-pensó Jazmín al observar tanta miseria a su alrededor-bien podría ser todo esto solo un triste sueño que no llegue a convertirse en realidad si todas y todos nos proponemos construir otro mundo posible...”

...El despertador sonó...de un salto Jazmín se incorporó de su cama...eran las 5 y 30 de la mañana del viernes 5 de octubre del 2007. Miró hacia la pared y recordó que ese día tenía que aplicar el examen de Estudios Sociales de sexto grado.

“Dos cosas malas y una buena -pensó- las malas: el sueño que acabo de tener y el examen; y la buena, que por lo menos no estoy en el 2080”

Apagó el despertador y corriendo salió de su habitación.

-Buenos días mamá-dijo-creo que aún estamos a tiempo de evitar que **TiquicilandiaCity** se haga realidad.

-Buenos días mi pequeña Nostradamus-le respondió su madre-métete al baño. El agua fresca te hará bien para descongelar tus clarividencias.

Octubre 2007.



Notas

- ¹ Del griego vekpos (necros: muerto o cadáver) y polis: Ciudad. Significa ciudad de los muertos o cadáveres que han sido abandonadas y olvidadas en el tiempo.
- ² Ciudad o pueblo compuesto por un número elevado de casas en donde un grupo grande de personas de alto nivel social se han establecido para vivir.
- ³ Persona de cualquier edad o sexo que se dedica al consumo masivo de la droga denominada “piedra” o “crak”.
- ⁴ País ubicado en el Istmo Centroamericano que de acuerdo a sus políticos era una democracia centenaria y, según encuestas, se le conocía como el país más feliz del mundo.
- ⁵ Este poema, en un principio y por error, fue atribuido al poeta alemán Bertolt Brecht [1898-1956] pero en realidad fue escrito por Martin Niemoller. [1892-1984]
- ⁶ Programas de Ajuste Estructural que fueron impuestos en la Administración Monge Álvarez 1982-1986. Los mismos respondían a políticas económicas que buscaban reducir el gasto público en las instituciones del Estado.
- ⁷ Neoliberalismo: corriente política económica que busca, entre otras cosas, privatizar la economía pasando a manos de la empresa privada los servicios que brinda el Estado mediante las Instituciones Públicas.
- ⁸ Palabra que refiere a los miembros de pandillas llamadas maras en El Salvador.
- ⁹ Expresión popular que quiere decir que algo es un estorbo, que molesta mucho.
- ¹⁰ El mundo de la apariencia, del error. Es el mundo falso en el que se vive. El que confunde la esencia con el fenómeno. Para ampliar este tema leer a Karel Kosik. Dialéctica de lo Concreto.
- ¹¹ Grandes centros comerciales de la época en donde se compraba, y se encontraba de todo, Y convertidos en un lugar de reunión y paseos para la población.

Bibliografía

- Bassegio, L y Udovic, L (Organizadores) (2004). *Grito de los excluidos continental. Por trabajo, justicia y vida*. Sao Paulo: Paulinas.
- Bonete Perales, E (2009). *Ética de la dependencia*. Madrid, España: Editorial Tecnos.
- Cañas Quirós, R (enero/junio, 2000). Las fuentes humanistas en la filosofía presocrática. *Revista Espiga*, 1 (1), 1-11.



Carbonell, E. y Sala, R (2002). *Aún no somos humanos. Propuesta de humanización para el tercer milenio*. Barcelona, España: Ediciones Península.

Crouch, C (2004). *Posdemocracia*. México: Taurus.

Fumero Paniagua, G (2006). *El Estado solidario frente a la globalización: debate sobre el ICE y el TLC* (1ª ed.). San José, Costa Rica: Zeta Servicios Gráficos.

Gallardo Martínez, H (2007). *Democratización y democracia en América Latina*. Bogotá, Colombia. Ediciones desde abajo.

Granell, M (1959). *El humanismo como responsabilidad*. Madrid, España: Taurus.

Guillebaud, J. C (septiembre, 2001). ¿El humanismo en vías de extinción? *Le Monde Diplomatique*.

Ikedá, D (2013). *El nuevo humanismo* (Trad. P. Tizzano). México: Fondo de Cultura Económico.

Kliksberg, B (2014). *¿Cómo enfrentar la pobreza y la desigualdad?: una perspectiva internacional* (1ª ed.). [San José], Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica.

Kosik, K (1976). *Dialéctica de lo concreto* (2ª ed.). México. Grijalbo.

Levi, P (2006). *Deber de memoria* (1ª ed.). Buenos Aires, Argentina. Libros del Zorzal.

Martí i Puig, S (2004). *Tiranías, rebeliones y democracias*. Barcelona, España: Edicions Bellaterra.

Mirza, C. A (2006). *Movimientos sociales y sistemas políticos en América Latina: la construcción de nuevas democracias* (1ª ed.). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.



Ovejero, J (2012). *La ética de la crueldad*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.

Quesada Monge, R (2000). *Globalización y deshumanización: dos caras del capitalismo avanzado* (1ª ed.). Heredia, Costa Rica: Editorial Universidad Nacional.

Quiroga, V. de (2001). *La utopía en América Latina*. Madrid: Dastin.

Schnapper, D (2004). *La democracia providencial: ensayo sobre la igualdad contemporánea* (1ª ed.). Rosario: Homo Sapiens.

Valembois, V (2007). *Vigencia y vivencia del humanismo* (1ª ed.). San José, Costa Rica: Editorial Universidad de Costa Rica.

